

maravilloso... la mirada penetrante, la voz profética, el frasco de elixir ; nada falta.

—Amigo Bickert—dijo el anciano barón—la noche termina muy tristemente. Desde que Alban se marchó, con frecuencia he pensado que algún fatal acontecimiento nos le volvería á traer. ¡ Dios quiera que mis presentimientos me hayan engañado !

—Pero, amigo mío—replicó Bickert—me parece que debéis considerar como muy feliz y oportuna la llegada de Alban, pues al fin y al cabo es un doctor hábil y no habréis olvidado que en cierta época en que la hermosa María se quejaba de crisis nerviosas, contra las cuales eran impotentes todos los remedios, Alban supo curarlas en pocas semanas por medio de ese magnetismo que aborrecéis. Yo creo que es preciso desechar preocupaciones demasiado exageradas contra las ciencias modernas, pues la naturaleza oculta en su seno miles de secretos, cuyo descubrimiento futuro costará numerosos siglos...

—Á fe mía—interrumpió el barón—no estoy más atrasado que cualquiera otro, ni soy enemigo de los progresos de la ciencia; pero á decir verdad, mi aversión al magnetismo proviene en gran parte de no haber comprendido nunca á ese Alban, á quien mi hijo aprecia tanto. Inútilmente me esfuerzo para reconocer alguna expresión de verdad en la fisonomía cambiante de ese hombre singular; sé que debo estarle muy agradecido por la curación de mi hija; y con la mejor voluntad le ofrecería todos los tesoros de un rey; pero debo confesaros, querido Bickert, que una repulsión invencible me ha impedido siempre manifestarle mi gratitud. Á pesar mío, cada día me es más odioso; y cuando le miro, pareceme tener á la vista á ese diabólico mayor danés que en otro tiempo me atemorizó tanto.

—¡Ah!—exclamó Bickert—he aquí, pues, sin ir más lejos, el secreto de ese inexplicable odio. No es Alban

el que preocupa vuestra imaginación, sino ese maldito mayor danés; el buen Alban paga las culpas de ese hombre maléfico, sin tener su nariz ganchuda y sus negros ojos penetrantes; pero aunque fuese un poco visionario, debéis dispensarle esta ligera falta, puesto que quiere y practica el bien. Dejemos á un lado las flaquezas del hombre y rindamos culto á la alta ciencia del médico.

—Lo que decís, amigo Franz—interrumpió el barón levantándose—no es la expresión de vuestro pensamiento; tratáis de disminuir mis inquietudes; pero cuantos esfuerzos hagáis serán inútiles, pues bajo la forma humana de ese Alban veo un sér infernal del que todo se debe temer. Escuchad, amigo mío, lo mejor será que ambos vigilemos á ese hombre, pues en él hay, os lo repito, algo de temible y maléfico.

Los dos antiguos amigos se estrecharon la mano antes de separarse. La noche estaba oscura y silenciosa; María, entregada al parecer á un sueño letárgico, se despertó á las seis horas, y entonces se le propinó el medicamento prescrito por el doctor Alban. Algunos momentos después sentíase perfectamente bien y no recordaba la menor cosa de su accidente de la víspera. Aquel día no se presentó Alban á la hora de reunirse la familia para comer; pero envió á decir que una larga correspondencia le tenía muy ocupado.

#### MARÍA Á ALDEGONDA

«Querida amiga de mi infancia: ¡qué feliz me ha hecho tu carta! Al reconocer tu escritura creí morirme de alegría. ¡ Con qué placer he leído las buenas noticias de tu hermano Hipólito, mi *prometido* adorado! Tu pobre amiga, querida Aldegonda, ha estado muy enferma, y no podría expresarte los padecimientos que experimentaba. Parecíame ver al revés todas las cosas de la vida; el menor ruido me atravesaba la cabeza

como un aguijón, y hasta cuando no dormía era presa de los sueños más extravagantes que imaginarte puedas; una secreta inquietud consumía lentamente todas mis fuerzas, sentía llegar la muerte con todos sus terrores, y más que nunca ansiaba vivir. Todos los médicos perdían el tiempo reconociéndome, cuando mi hermano Ottmar presentó en casa uno de sus amigos que me ha curado de una manera maravillosa.

»En casi todos mis sueños se me aparecía un hombre grave y hermoso, que á pesar de su juventud inspirábame el más profundo respeto. Este personaje fantástico me atraía hacia sí por el imán de una ternura misteriosa, y fácil te será comprender hasta qué punto llegaría mi sorpresa, querida Aldegonda, cuando reconocí por todos los rasgos de su fisonomía al hombre que yo había soñado, en el amigo que mi hermano nos presentaba. Alban, este es su nombre, me sometió á pesar mío á la influencia de su mirada; pero en vez de las convulsiones nerviosas que siempre me agitaron, experimenté como una calma letárgica que adormecía todos mis sentidos; mis sueños se desvanecieron; dormía profundamente, y la vivacidad febril de mis sensaciones desapareció. Sin embargo, pareceme á veces que durante el sueño me creo dotada de un nuevo sentido; entre Alban y yo establécese una comunicación misteriosa; me hace preguntas, y yo le digo lo que pasa en mí cual si leyese en un libro. Otras veces, el mismo Alban es quien me preocupa; pareceme hallar en mí su pensamiento, y que por su sola voluntad enciende en mi sér un foco de luz, el cual resplandece ó se extingue, según que por ella me atraiga ó me rechace: es una especie de estado en el que experimento una dicha inefable, superior á todo cuanto la vida física pueda ofrecer. Tal vez te rías de mí, querida Aldegonda, creyendo que estoy loca ó enferma; pero de todos modos, te aseguro que jamás



LA FASCINACIÓN

he amado tanto á Hipólito, ni deseado con mayor ansia su vuelta. Desde que Alban me sometió á esa fuerza misteriosa, que él llama *magnetismo*, según creo, figúrome que por él amo á Hipólito con más acendrado cariño. Alban, ese hombre sublime y benéfico, nos protegerá á los dos hasta después de nuestra unión.

»Algunas veces, no obstante, me inspira temor; extrañas sospechas rasgan el velo de entusiasmo con que rodeo la figura de Alban en el fondo de mi alma; tengo horas de fascinación, durante las cuales imaginome verle en medio de todos los atributos usados, según dicen, para practicar culpables sortilegios; sus nobles facciones se descomponen, y sólo veo ya un hediondo esqueleto, cuya osamenta cruge bajo los anillos de los inmundos reptiles que en ella se enroscan.

»Por lo demás, Alban merece toda mi confianza; le doy á conocer ingenuamente todas mis sensaciones, y manifiéstole las dudas que me inspira; pero él se muestra impasible á mis miradas. Siempre es el mismo hombre amable y afectuoso; y al observar su majestuosa calma, me avergüenzo de mis locas ideas.

»He aquí, querida Aldégonda, la historia de mi vida interior. Mi corazón se siente ahora más aliviado, porque ya no tengo secretos para ti. Consérvate buena, y hasta muy pronto.»

#### ALBAN Á TEOBALDO

«... Toda existencia es el premio de una lucha: es la lucha misma; y la victoria pertenece al más fuerte, porque la fuerza es la ley natural de todas las cosas; el ser dominado aumenta con la suya propia la de su vencedor.

»La fuerza del espíritu, así como la fuerza física, tiene sus combates y sus victorias; una mediana inteligencia domina y somete á menudo una fuerza física inmensa; está en nosotros como un reflejo de

Dios, que nos da el imperio sobre todos los seres.

»Ignoramos los misterios de la unión del espíritu con el cuerpo; el descubrimiento de esta ciencia nos iniciaría en la omnipotencia de Dios. Sólo nos es dado ejercer, para la satisfacción de nuestros deseos, en el círculo que se nos trazó, la suma de fuerza que nos ha sido comunicada para disfrutar de la creación.

»He hallado en mi camino una joven cuyo aspecto hizo vibrar en mi alma cuerdas simpáticas; comprendía yo que toda la fuerza estaba de mi parte para atraer su vida á la mía; mas era preciso luchar contra otra influencia extraña que la había dominado. Esta joven amaba y era correspondida; y por lo tanto hube de concentrar en un solo punto todas las fuerzas de mi voluntad. La mujer ha recibido de la naturaleza una organización pasiva; en el sacrificio que *voluntariamente* hace de su persona para explayar su alma en el seno del sér que la domina por su superioridad, es en lo que reside la dicha del amor.

»Me bastó permanecer una semana junto á la hermosa María para conocerla bien, y entonces apliqué á la exquisita delicadeza de sus órganos la acción oculta del magnetismo, de esa ciencia de que el vulgo se ríe. Entre la joven y yo establecí relaciones simpáticas, cuya cadena no podían romper la ausencia ni el alejamiento; y muy pronto quedó bajo mi dominio en accesos de alucinación que su padre y su hermano tomaron por una dolencia nerviosa. Amigo del segundo, que admiraba, sin comprenderlas, algunas experiencias que me complacía en hacerle ver, fui llamado á la casa de María en calidad de médico, y al punto me reconoció por un estremecimiento misterioso que aseguraba mi imperio, pues bastan mis miradas y mi secreta voluntad para sumirla en el sonambulismo, es decir, para atraer su alma á la mía. Desde que vivo cerca de ella, la imagen de Hipólito se borra poco á

poco de su memoria, y muy pronto desaparecerán los últimos obstáculos.

»Ese Hipólito es coronel, y en este momento está lejos de aquí con motivo de la guerra. No deseo que sucumba; y hasta quisiera que volviese, pues su presencia agregaría un encanto más á la victoria, cuyos frutos saborearé muy pronto. Hasta la vista, querido discípulo...»

La campiña, sembrada de hojas muertas, parecía estar de luto; espesas nubes de color plumizo deslizábanse en el cielo impelidas por el viento del otoño. Deseoso de llegar cuanto antes á la casa, porque el día tocaba á su fin, divisé, al dar vuelta á una colina, el pueblo de\*\*\* situado en un valle solitario, como un nido de alondra entre dos surcos. En aquel instante oíase el lúgubre tañido de la campana de la iglesia que tocaba á difuntos, y varios enterradores esperaban en el cementerio á que el anciano sacerdote terminara su última oración para sepultar un ataúd en la fosa. Me reuní en el camino con algunas personas que volvían lentamente, y las seguí escuchándolas. «Nuestro pobre amigo Franz, decía una de ellas, reposa ya en el sueño de los justos.»—«Dios nos haga la gracia de acabar como él», añadió otra. Por aquella buena gente supe que el difunto se llamaba Franz Bickert, antiguo pintor que había terminado su carrera casi del todo retirado en un pequeño castillo gótico ruinoso que se divisaba en la altura más inmediata al pueblo. El sacerdote me invitó á visitar aquella propiedad, de la cual el buen Bickert había hecho donación para que después de su muerte sirviera de asilo á los pobres inválidos del país. Las paredes del primer piso estaban adornadas con numerosos frescos, que representaban bajo todas las formas imaginables á un diablo acechando á una joven dormida: en el rincón de un vestusto armario encontramos algunas hojas de papel, al

parecer desprendidas de un cuaderno, y que sin duda estaban allí por casualidad; recogílas maquinalmente y ví que eran notas aisladas, frases sin principio ni fin; pero conseguí descifrar, no sin trabajo, el desenlace de la historia de María.

Cierta noche, el anciano barón H.... se dirigía á su alcoba apoyado en el brazo de su amigo Franz Bickert, y al llegar al centro de la galería, divisaron un fantasma que llevaba una lamparilla y parecía salir de la habitación de la joven. Ante aquel espectáculo, el barón, poseído de terror, exclamó: «¡Es el mayor, amigo Franz, es el mayor danés!...»

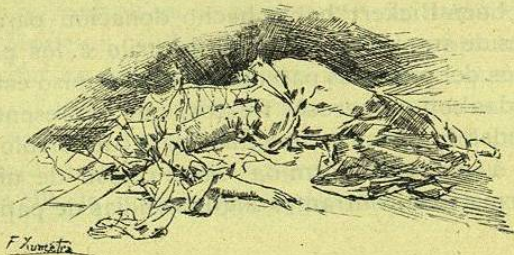
El fantasma se desvaneció sin que se oyera ruido alguno, y el barón entró en la habitación de su hija presa de la mayor inquietud. María reposaba, bella como un ángel del cielo, y en sus labios vagaba una dulce sonrisa. Hipólito había vuelto de la guerra; el matrimonio debía efectuarse al día siguiente, y junto á la encantadora joven dormida veíase el traje de boda sobre el sofá.

Al día siguiente los novios fueron á la iglesia; pero en el momento de arrodillarse al pie del altar, María cayó en tierra...

Estaba muerta... El magnetizador había absorbido su alma.

Todos aquellos que la habían amado, siguiéronla muy pronto á la tumba.

Y nadie supo lo que había sido del doctor Alban.



## EL CANTO DE ANTONIA